

Y EN LA NÁUSEA DE LA NORMA LA MAGIA SE HIZO POSIBLE

“Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo” (L. Wittgenstein)

Dibujar es pensar. El dibujo es un medio de comunicación, un lenguaje. En este sentido, Enrique Quevedo traduce a lenguaje universal un mundo complejo hecho concepto, su mundo. Valiéndose para ello de un solo elemento, muy básico y abstracto: la línea -bien sea curva o recta- y usando únicamente dos colores: el rojo y el negro, organiza sobre el papel y con la aparente frialdad de una máquina, un universo particular en el que parece imperan las normas.

Surge así en mí (quizás nosotros) una contradicción que hace que nos inquiete y a la vez nos atrape. Aquí la ilusión óptica parece transformarse en un truco de magia, uno de esos de la llamada “magia de cerca”, la que ocurre en las distancias cortas. Aquí la magia se ha materializado, de ahí la pregunta: ¿Cómo es posible? ¿Dónde está el truco? Pues la ejecución ha sido perfecta. Esa negación viene de la confrontación de dos mundos antagónicos: el lineal y/o racional frente al cíclico, ordenado de un modo diferente y que atiende a otras cuestiones, derivas, de la psique.

Pero al tiempo, cuando parece que la mirada objetiva de Enrique Quevedo se condensa en toda su magnitud, algo, y solo algo, se desmorona... En la aparente o simulada frialdad y distancia, vemos formas que se tocan, que se relacionan a su manera. Una tangencia, un quiebro, proximidades... Se produce el contacto entre los seres de su mundo. Y vemos así como en la contención, lo hermético, lo mecánico y en la norma, también podemos encontrar pequeñas inflexiones que humanizan, pequeñas grietas por donde se cuelan alientos, lugares donde tropezar con el único quiebro de fragilidad que el autor se permite o al que está supeditado, al que es permeable. Pequeñas “imperfecciones” o líneas imperceptiblemente heridas, mallas y retículas mínimamente dañadas que hacen que en el dibujo resuene un pequeño y lento, aunque sonoro, latido de fondo.

Con medios muy reducidos y conjugados siguiendo instrucciones que solo el artista conoce se acerca a un universo lógico-espiritual. En su metodología siempre hay una posibilidad. La posibilidad de la posibilidad en la geometría. Reduce, simplifica (en lo referido a lo formal) pero a la vez aumenta, complejiza (en lo conceptual). En esta propuesta, Enrique Quevedo nos muestra una especie de sudoku plástico, lugares gráficos llenos de escondites y de juegos. Porque lo normativo, aunque parezca un oxímoron, tiene mucho de juego, de ordenar y construir de múltiples maneras su propio mundo, su propio espacio, como si de un LEGO bidimensional se tratara.

Vemos así juegos de espacios (dentro-fuera), juegos de tiempo (antes-después) juegos mentales (lógico-ilógico) caminando continuamente al límite de la percepción posible para el ojo humano, al límite de lo racional y de toda lógica. Nos plantea lugares donde quedamos atrapados en un juego óptico matemático en los que todo acaba envuelto en la neurosis y la náusea de la proporción. Una geometría “kafkiana”, por decirlo de algún modo, en la que sobrevuela la magia.

Fernando Sáez Pradas